

Fin de la infancia

Miguel Gutiérrez

Silencio profundo y transparente. Sopor. Vidrio fundido y olor a reseda y claveles y crisantemos y llantén resecos. Matas de sábila. Destellos de oro irradian las espinas del San Pedro. Un árbol de pomarrosa para la tía Primorosa, le cantaba la tía Regina. Pero en vez de la pomarrosa hay un ciruelo macho, réprobo y estéril. Flores amarillas de muerto. Rrsss, rrrsss, rrrsss: alguna abeja o avispa o moscardón negro. Tal vez (también) los ojos líquidos de alguna dorada sambapala y bajo la calenturienta tierra ardorosas galerías de hormigas rojas. Yo que atravieso el patio en dirección al baño, clac, plaf, clac, revientan bajo mis plantas los amargos frutos del ficus, tenía seis o siete años y puede por tanto aceptarse la hipótesis de unos ojos y una mirada limpia, virginal casi y sin máculas de consideración en el niño. Cuánto me hubiera gustado poseer el estupendo longines de oro de tres tapas con leontina de don Domingo Medina (quien me permitía darle cuerda) para mostrar al mundo y gritar a los cuatro vientos, Este es, ¡oh, paisanos!, el reloj de oro que marcó el tiempo exacto del fin de mi niñez. El reloj de la Estación del tren a Paita debería marcar las dos y tantos o a lo sumo las tres, y me arriesgo a consignar este dato porque la canícula estaba en su punto más alto y la tarde estaba brillante como todas las tardes de esta santa tierra y el cielo azulceste (puedo jurarlo) estaba perturbadoramente azulceste, irrefutable y triunfal, imposible que hubiera lechuzas, hijas del caos

y la noche y agoreras de la muerte, no escuché el destemplado y ronco canto de los chokekos, y una putilla de bello plumaje rojo bermejo me mostró su pechito de la suerte, de modo que ningún funesto heraldo proyectó su sombra o su graznido sobre aquella encandilada tarde de 1945 ó 46 en Piura, en el polvoriento y chamuscado Piura de esos años.

Apremiaba (recuerdo) una incursión al excusado. Había otras palabras para denominar este recinto, pero por esos años el muchachito las desconocía: retrete, letrina, reservado, tantas otras, como ésta: quiosco de necesidad. Acaso en esta experiencia que va a vivir reside el motivo oculto que lo llevaría después a reunir una considerable información en torno a lo escatológico, no en el sentido teológico del término, sino en el más modesto de "tratado del excremento". Los secretos rituales del ser humano en el reservado Pabellón de la Necesidad. Las numerosas palabras para referirse al acto de evacuar, desde el clásico (e insustituible) "cagar", hasta el más exacto de "descomer". Rabelais dedicó un capítulo de su gran libro a la descripción de las cuarentitantas maneras diferentes de limpiarse el culo. Y sesudos psicoanalistas han dedicado serias reflexiones a lo excrementicio en la no menos famosa obra de Swift. Según investigaciones de historiadores, precisos y escrupulosos, el acceso a la sagrada cagazón del Rey y de la Reina quedó estatuido por Francisco I (el rival de Carlos V, el gran emperador con rostro de imbécil, de acuerdo a la aseveración de don Ramón Menéndez Pidal, el irreprochable erudito español) y en la Corte de los Luises —enaltecido por la Ley sálica de los Borbones— se había convertido en altísimo privilegio al que sólo podían aspirar los cortesanos de sangre más azul y más cercanos al corazón de los monarcas. Saint-Simón en sus *Memorias* traza una naturalista y vigorosa descripción de un acto de deyección real. Es una épica batalla de Luis XIV contra su regio estreñimiento: pujos agónicos, bombardas eólicas, la tensión de las extremidades y el angustioso girar del cuello y la peligrosa presión de las arterias y venas del cuello, y el pavor y angustia de los cortesanos y la invocación a la Divinidad de algún purpurado que se halla entre los privilegiados que contemplan el más íntimo de los actos del Rey, deseo y temor de Luis XIV, éxtasis y espanto ante la inminente pero retardada evacuación de aquello de broncínea solidez. Al fin hay un suspiro de alivio en la amplia recámara de estilo pre-rococó. ¡Aleluya! ¡El Rey ha cagado! ¡Hosanna! ¡Hosanna! Y para que no quepa duda los

favoritos entre los favoritos recorren el salón con recogimiento, pero no es la sagrada custodia la que transportan, sino la ornamentada bacínica de oro con el oro de la mierda real. ¡Vítor! ¡Evohé! ¡Eya velar! ¡El Rey Sol ha descomido! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¿Pero un ritual de esta naturaleza no prefiguraba el hundimiento de un orden? ¿No estaba condenando a la guillotina las reales cabezas de Luis XVI y María Antonieta? Y en nuestros días, ¿los sofisticados water-clops de la gran burguesía no son signos de su decadencia? Ah, grandísimo pendejo, hasta donde has llegado Martín Villar para justificar tu propia morbosidad.

Apremiaba (repito) un peregrinaje al etcétera: las cucharadas del doctor Tonsmann y preparadas por el boticario Guzmán Rodríguez hacían lo suyo sobre mi disentería o acaso solitaria, no hay otro camino que empujar la derrengada puerta, chirrían las bisagras, disputándose mi alma claman por igual los ángeles del cielo y del infierno, ah, Martín, Martín, ahora mismo terminará tu infancia, pero por el momento no se produce la obscena epifanía que herirá para siempre el corazón de Martín Villar; ocurrió nada más que lo siguiente: sorprendí a la tía Primorosa, a la queridísima tía Primorosa, cuidando —como decía ella— su cuerpo, sacándose sus piojitos, acicalando prolijamente (así se me revelaba ahora) su rostro devastado. Años después cuando supe lo de las momias de Paracas, y escuché al maestro Silupú asegurar que bajo los vastos arenales de la región piurana subyacen verdaderas necrópolis indias, donde sobre mantos superpuestos de blanca y dorada arena, se hallaban un sin número de fardos funerarios, con riquísimos mantos que cubrían los cuerpos, pensé que así debió enterrarse a la grande y funesta Primorosa Villar, porque a su manera (y por su raza) ella fue una reina, una princesa, y en cambio el aleteo de los gallinazos y el fiero ladrido de Montuvio, combinado por momentos con desgarradores aullidos, hicieron que los vecinos de la apartada choza de aquella vieja, loca y estrafalaria, sospecharan de lo que se trataba y la emprendieran a pedradas contra esos pájaros negros amantes de la carroña —animal o humana— y derribaran sin mayor esfuerzo la puerta de la miserable choza, y Montuvio —me contaron— oscilaba entre el alborozo y la desconfiada vigilancia, y antes de ver el cadáver de la vieja, sintieron el hedor de la carne corrompida, pero tapándose las narices llegaron hasta el cuartucho y dieron un grito de sorpresa al descubrir el cuerpo de la anciana muerta en un sillón desvencijado, y la difunta lucía un

llamativo y fresco traje, y esmerado y armonioso era el maquillaje del rostro, como si se hubiera acicalado para su triunfal y definitiva reaparición en los infinitos escenarios de la eternidad.

Pero esta tarde aún no había muerto y frente a mí estaba la tía Primorosa en fustán blanco de añoso organdí, las crenchas deshechas y con medio rostro sin pintarrapear de colorete o sabe dios qué otros barnices o lacas o pócimas. Intento, primero (por parte de ella), de cerrar la puerta, en seguida, como yo ya estaba adentro, de cubrirse con ambas manos la cara, finalmente, de llorar. Pero la tía Primorosa —pese a la demencia en que según los mayores ella vivía desde hacía muchísimos años— era la imagen misma de la exquisitez, modelo de bondad y el símbolo de otras formas posibles de existencia, donde la vida aventurera y el don de la ilimitada fantasía, constituían las torres almenadas contra la vulgaridad y sordidez de la vida cotidiana.

— Un árbol de pomarrosa para la tía Primorosa —le dije, imitando la venia y la voz de mi tía Regina.

Esta salida, creo, la ayudó a contener las lágrimas, pero manteniendo la palma de las manos sobre el rostro, me dijo, No merece usted que lo llame Martincito sino Martinzazo. ¿No sabe usted que los caballeros nunca entran a un aposento sin antes tocar la puerta? Por lo tanto, caballero, haga el favor de salir y nunca olvide que la toilette de una dama es una ceremonia sagrada como una misa obispal.

Me mataba el escuchar hablar de esta manera a la tía Primorosa y ya iba a pedirle disculpas, hacer una venia (ya podían aguantar mis tripas) y salir mimando los pasos que ella solía enseñarme en las representaciones que junto con mi tía Regina ensayábamos, cuando irrumpió violentamente mi abuelo Santos.

Pero antes debo decir que yo por entonces desconocía aún el poder de las palabras, sabía que existían palabras que podían decirse y palabras prohibidas, sabía también de la fascinación que ejercían estas últimas en los niños un poco mayores que yo, pero por primera vez descubrí el carácter vindicativo e infamante —inapelablemente infamantes— de las palabras dichas en el calor de una disputa por donde corre la vieja y ultrajada sangre de la memoria o de la historia.

Conocía ya los excesos verbales de Santos Villar; pero por primera vez le escuché toda esta inmundicia de que hacía gala, pro-

ferirla contra su hermana, este ser manso, inofensivo e indefenso, como era la tía Primorosa.

So vieja de mierda, le dijo, ¿todavía andas emperifollándote? ¿Para qué te embadurnas la cara? ¿No te das cuenta que causa asco el mirarte? ¿Es que nunca te cansarás de putear? ¿Crees que alguien en su sano juicio, aunque fueras capaz de pagarle, va a querer ese rabo mogoso y arrugado que tienes? Y mientras esto le iba diciendo arrojaba a la letrina coloretos, lápices labiales, depiladoras, pestañas postizas, otros utensilios y aditamentos de tocador, y su espejo, el bello y pequeño espejo con marco de plata labrada de la tía Primorosa, la joya mágica con virtud de purificar todas las imágenes del universo. Mi abuelo Santos, añadió aún, ¡Fuera de aquí, so puta! ¡Asesina de nuestros padres! ¡Vergüenza y abominación de mi casa!

La tía Primorosa era tan frágil y delicada que pensé que se echaría a llorar, que caería de rodillas, que pediría perdón; en cambio, sorpresivamente y con una voz que yo no le conocía, replicó, Lo de puta te lo acepto, así llaman las gentes ignorantes como tú a las artistas. Pero, escúchame, Santos —y aquí la tía Primorosa rió con una risa extraña, horrenda—. Si he puteado, he puteado con mi culo, no con el tuyo. ¿O quieres cabronearme como me cabroneó el hombre depravado que nos engendró?

Mi abuelo, por cierto, lejos de quedarse callado, contrarreplicó; pero si antes hablé de 'obscena epifanía', no pensaba tanto en mi abuelo cuya naturaleza conocía mejor; no, la revelación, el temprano descubrimiento de la oscuridad y sordidez refugiadas más al fondo de la conciencia se lo debo a la buena tía Primorosa, quien a su vez refutó las soeces y oprobiosas aseveraciones de mi abuelo.

De la larga (y escabrosa) impugnación que mi tía hiciera a las acusaciones encerradas en el contraataque de mi abuelo Santos Villar, a mí (siendo como era un niño) me estremeció sobre todo la parte en que ella afirmó que había dejado de creer en Dios y en Su justicia desde el día que su padre la vendiera al poderoso amo de Congará. ¿Cómo pudo Dios permitir que la vendiera como se vende una yegua o una chiva o un trasto cualquiera? No obstante ello, empezaría a rezarle a ese Dios inclemente (oraría, dijo, mañana, tarde y noche) para que le fuera permitido la vida hasta ver morir a mi abuelo. No, no me basta con que Dios te emponzoñara

la sangre. ¿Crees que no sé que en Buenaventura el chancro y la sífilis extenuaron tus jugos viriles? Por unos instantes vi palidecer a mi abuelo; pero fue sólo un instante, un parpadeo porque ahora le gritó, ¡Maldita, puta! ¡Desde este momento te desconozco como hermana! Y cancelaré el nicho que te estaba comprando en el cementerio. ¡Que tu carne y tus huesos se pudran insepultos y sirvan de festín a gallinazos y perros y chanchos! ¿No es acaso el destino de los Villar? —respondió mi tía—. Y dijo que no le importaba esta muerte para así igualar el destino final de su querido hermano Inocencio. Pero, entre tanto —continuó—, seguiría orando a ese Dios perverso para que le alargara la vida hasta verlo morir a él primero. Si Dios le concedía esta pequeña dádiva (pequeña, dijo, porque nada podría reparar la destrucción de su destino), juraba por la memoria de su adorado Inocencio asistir a los funerales del padre de mi padre con el más llamativo de los trajes que ella aún conservaba de su lejana época de artista, y esto para que el mundo supiera de la alegría dulcísima que anegaría su corazón por la muerte de Santos Villar, quien —aseguró— era el heredero de la maldad de Cruz Villar, el verdugo progenitor de todos los hermanos Villar. Y como mi abuelo sordo a las requisitorias de mi tía siguiese escarneciéndola con su habitual intemperancia (la llamaba puta loca, escoria de la vida, tantas cosas), Primorosa Villar agregó que, pues bien, que si a eso habían llegado, entonces le daría gusto y vestida así de chuchumeca vendría hasta su cadáver y escupiría su rostro.

Mi abuelo cumplió su promesa y rompió el contrato de la compra del nicho que en calidad de perpetuo estaba haciendo para su hermana; poco después de la muerte de mi abuelo me fui a vivir a otro barrio lejos de este mundo. Entonces comenzó a operarse en mí un proceso de depravación moral que me llevó a negar mi linaje paterno y fueron numerosas las veces que oculté (que pretendí ocultar) a mis nuevas amistades que aquella vieja loca y por-diosera fuese pariente mía. Estaba por alcanzar fondo en mi caída moral cuando encontraron muerta después de varios días a quien había terminado por convertirse en parte del paisaje de la ciudad. Y yo era el único pariente vivo y cercano que la difunta tenía en Piura. Maldije mi sangre. Maldije mi puta suerte. Pero en el desorden de mis sentimientos recordé al tío Luis y fui al primer tren y supliqué a los que iban a La Huaca, Congará, o El Arenal, le comunicaran a don Luis Villar, que vivía en Tamarindo, del fallecimien-

to de su hermana Primorosa. Apenas partió el tren recordé la amistad o relación que había existido entre mi abuelo Santos y el padre Azcárate. Y fue con la compañía del padre Azcárate que me atreví a ir a la mísera choza en la que vivió sus últimos años la única hermana mujer de los hijos de mi bisabuelo Cruz Villar. El hedor era intolerable, pero observé que el padre Azcárate —como siempre fumaba su puro— resistió las vaharadas de la putrefacción sin taparse la nariz y la boca con un pañuelo. Las mujeres del vecindario, pobres también, sólo se habían atrevido a acostar el cadáver en la cama. Y allí fue que la vi con traje de artista y maquillada. Así había esperado quién sabe durante cuantos días la muerte, Primorosa Villar.

En el último tren llegó el tío Luis. No lo veía desde la muerte de mi abuelo y me abracé a él. Tampoco se tapó la nariz y despojado de su sombrero de campesino pobre estuvo contemplando largamente el cadáver de la hermana. Había traído velas y las prendió y después, sacando dinero envuelto y anudado a su pañuelo, compró el ataúd más barato, como debía ser —reflexionaría yo años después— para un auténtico Villar. No hubo para contratar las lloronas y las mujeres querían despojarla de su traje y ponerle decente el rostro. Dos pajarracos de sexo desconocido aparecieron para amortajarla con un hábito de las carmelitas. Pero mi tío Luis se opuso, pues su hermana Primorosa siempre le había hecho prometer —en la cordura y la demencia— que deseaba ser enterrada con un traje de artista. Las monjitas (los pajarracos) apelaron al padre Azcárate. Este con casulla y estola llevados por su viejo sacristán —a quien dio a tener su inseparable habano—, meditó unos instantes; luego dijo: En la pureza de su locura, esta mujer consideraba que sólo vistiendo sus mejores galas podría presentarse ante la majestad de Dios. Acto seguido rezó una breve oración y bendijo el cadáver de la ex-artista.

Al día siguiente, en el primer tren, y con el ataúd puesto en el depósito del vagón, acompañé al tío Luis hasta La Huaca, pues desde muchísimos años atrás el tren no hacía escala en Congará. El padre Azcárate permaneció en los andenes de la estación hasta que el tren dio la curva. En La Huaca esperaba el último de los hijos del tío Luis con dos burros, bajo cuyos lomos acomodaron el cajón; en seguida emprendimos la marcha bajo el sol que comenzaba a picar y al divisar Congará, el tío Luis me dijo que a cinco kilómetros en dirección de los arenales, antes de llegar al tablazo,

estaba el panteón particular de los Villar. Por fin, Inocencio y Primorosa, dijo, descansarán juntos. Los tres: mi tío Luis, su hijo y yo reiniciamos el cortejo por entre los arenales ardientes. Pero pronto este magro cortejo se incrementó con generosas bandadas de gallinazos que con estilizado y reverente vuelo rindieron honores a la funesta Primorosa Villar.

Pero ¿y mis tripas? ¿qué esguinces offídicos ejecutó la solitaria en la región ventral de mi cuerpo, incluidos mis intestinos?; y en la región del corazón ¿cuál de los ángeles me marcó con el hierro candente? Doctor Tonsmann, ¿qué fue de sus cucharadas? ¿combinó con exactitud la fórmula, usted, boticario Guzmán Rodríguez? Me había quedado estático y como desde una lejanía vi que mí abuelo Santos arrojaba de su casa a la tía Primorosa. Reparé que yo lloraba sin pudor alguno. Me limpié las lágrimas y juré no llorar nunca más en la vida. ¿Qué sería de mi vida? ¿Qué destino le esperaba a mi alma inmortal? Pero ahora tuve conciencia que un problema más urgente que la inmortalidad del alma tenía que resolver. Con una terrible y vergonzante dificultad, como una aporía metafísica, me dispuse a alcanzar la meta, y comprendí con una anticipación que sólo puedo calificar de genial, la paradoja de Zenón: tenía los pies alados como Aquiles pero mi velocidad correspondió a los de una tortuga para llegar a la letrina; luego de alcanzar mi meta ante el absoluto silencio de las tribunas, me bajé el pantalón y arrojé el tremendo bollo que se me había salido durante la querrela de los ancianos. Abrí la letrina —un cajón astillado con un hueco para sentarse— y arrojé mi mierda. La evacuación continuó. Consideré como verdaderos sabios al doctor Tonsmann y al boticario Guzmán Rodríguez. Después fue desapareciendo esa sensación de extrañamiento: la modesta y concreta realidad se imponía: la putilla con su bello plumaje bermejo, fiel a su nombre, insistía en mostrarme su pechito rojo de la buena suerte. Por fin sentí vaciadas mis tripas. Luego Martín Villar con la curiosidad que tienen los niños por su propia caca se quedó contemplando hacia el fondo, sin que lo arredrara el olor acre que trascendía del silo: entre los excrementos acumulados por varios años de defecaciones y donde borbataban opulentos gusanos blancos y negros, se hundía, emitiendo sus últimos y purísimos destellos, el mágico espejo que hubiese ocultado a Primorosa Villar la declinación y espantosa ruina de su antigua belleza.